



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 28 DE ENERO DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

## Confesiones culposas

HUMILLACIÓN

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

"Tienes media hora para colocar tus cosas en esta caja y largarte de esta oficina", me dijo mi jefe. Descendí desde el piso 41 hasta la planta baja, usando el ascensor de carga y descarga, escoltado por un compañero de trabajo que empujaba un diablito, llevando la caja con libros y documentos. Por su peso, era difícil mover la dichosa caja para una sola persona. Cuando llegamos a la recepción del edificio, los guardias de seguridad me pidieron la hoja de autorización, debidamente firmada, para sacar del inmueble mis pertenencias. Le pedí al compañero que me esperara para salir a la calle y conseguir un taxi. Cuando regresé para solicitarle ayuda para trasladar el estuche de cartón hasta la banqueta, donde ya me aguardaba un auto, me dijo: "Perdón, el Doctor me marcó. Está furioso porque bajé a ayudarte con esto. Me ordenó que subiera". Así es que el hombre me dejó allí y como pude, cargué entre los brazos, descansando a tramos, con el cofre de cartón: una distancia de setenta metros.

Abordé el taxi y durante el camino no pude dejar de atravesar la vista tras la ventana del auto. Iba con el corazón golpeándome ante la humillación que había vivido durante las últimas semanas y que ese día concluía con mi cese como funcionario público. De su profundidad, el cielo se transformó en un mar soltando llanto: dejó caer una ola sobre el pavimento y la vejación más triste que tuve sobre mi vida, se completó.

Mi jefe, el Doctor, era el Gerente de Estudios Financieros. Yo había llegado a su oficina por tema de concurso público de la plaza. Él no me conocía. Yo, a él, sí. Habíamos estudiado la carrera en la misma institución, veinticinco años atrás. Él concurría con una generación delante de la mía. Logró ser aceptado en uno de los programas de doctorado más renombrados de Europa. Regresó a México, pasó por diversas instituciones y aterrizó haciendo un trabajo que le parecía completaba su destino. ¿Estaba en lo correcto? Hacía su trabajo con el talento que Dios le había entregado al nacer, pero sin respeto hacia sus empleados.

Éramos una oficina pequeña, de acaso trece... o catorce colaboradores, incluyéndome a mí. Por alguna razón imagino que Dios se deleita con la experiencia que viví ahí. ¿Será una cuestión de numerología?

En fin, pongamos manos en el asunto. Los que trabajamos para él fuimos testigos de la manera en que el Doctor acosaba a sus empleados. La chica más talentosa del grupo era una joven lesbiana, morena y atractiva y el doble de inteligente que él. En un año, once de las quince ideas más brillantes que se cocinaron en ese despacho salieron de ella: lo deslumbraba. Y no sé exactamente qué provocaba eso en el Doctor, que los tres Adjuntos lo vimos ejecutar acciones de acoso sobre ella por sus preferencias sexuales: la chica atraía a mujeres más guapas que las que podía atraer el Doctor y en una fiesta en casa del mismo jefe, todos sospechamos que su esposa le fue infiel con ella.

Lo digo porque su mujer, al menos conmigo, le fue infiel. Vale aclarar que



esa no fue la razón por la que el Doctor hirviera contra mi persona al final de la historia. A él le gustaba compartir a su esposa. Padece esta enfermedad en la que la única manera en que podía conseguir un orgasmo era viendo a su mujer siendo penetrada por otro hombre. No es necesario mencionarlo, pero ninguna de sus dos hijas lleva sus genes.

Lo importante para él, en la vida, según nos lo contó un día en que se soltó llorando en una reunión con todo su equipo, (algunos sospechamos que el llanto se debió a que le había llegado la andropausa), era dejar una marca en la humanidad. Quería cambiar el mundo, transformarlo para bien, inventar algo que nos permitiera llegar a Marte o Saturno o a otra galaxia... Pero la realidad de las cosas no era esa. Se dedicaba a coordinar Estudios Financieros de Mercado que, francamente, como casi todo lo demás en esta vida, a nadie le importaban.

El motivo por el que el Doctor me cesó del empleo de manera brusca y vergonzosa fue porque cuando tuve contacto sexual con su esposa, a ella no le gustó. Había vivido placeres inauditos con los otros dos Adjuntos, con los directores de Área, incluso con el Chófer. Pero su experiencia conmigo le dejó mucho que desear. No se justificaba, entonces, que yo ocupara un lugar en el despacho que dirigía su esposa. Había que reemplazarme por un empleado más provechoso.

LOS SILENCIOS DE HOY Y SIEMPRE  
OLGA DE LEÓN G.

No era solo un cuadro de Picasso, ni una pintura de Manet, ni Monet, tampoco algo de Van Gogh, mucho menos de los realistas mexicanos o del realismo silencioso y solitario de Edward Hope como Nighthawks (Noctámbulos). Era un océano de pinturas que volaban sobre nuestras cabezas, mostrando infinitud de cuadros de famosos que iban y venían sin orden alguno, ni sentido o significado:

tan solo estaban como desfilando, como quien dice o quiere decir algo... Qué, no lo sé. ni creo poder saberlo en toda la noche, madrugada o días posteriores.

Debía estar soñando. Sí, seguramente se trata de un sueño extraño; uno de esos que uno sabe que está teniendo, pero no sabe cuándo despertará de él. Yo soñaba que soñaba, o alguien me soñaba a mí. ¿Qué sensación más extraña y confusa! ¿Seré el sueño de otra u otro?, o acaso soy quien soy, porque sueño que vivo cuando en realidad solo duermo; mientras alguien más está viviendo mi vida y mis sueños. ¿Qué sé yo lo que estaba sucediendo!

No quiero distraerme ni distraerlos. El vuelo y revoloteo de las pinturas era un hecho que no sabría cómo refutar ni ocultar o desmentir, sin que estuviera faltando a la verdad que se encierra en todos los cuentos y sueños, por más que no queramos reconocerlo. Así que, examinemos -como si se tratara de un ensayo-, ¿por qué cuadros de pinturas, obras de famosos, eran los que sobrevolaban nuestras cabezas y no libros de novelas, cuentos y poesía? Pues, tampoco lo sé.

Ese vuelo fantástico y casi inverosímil duró varios minutos. Hasta que se cayó de pronto una de las pinturas, no importa saber cuál fue... Cayó una, y luego otra y otras más le siguieron, hasta que el cielo de pinturas desapareció de arriba y terminaron todas en el suelo, sobre la alfombra azul plumbago de la sala... O, acaso nunca se movieron de allí, allí estaban cuando entré al cuarto y no supe en qué momento empezaron a volar hasta estar todas girando pegadas al techo, o eso es lo que creí ver cuando entré en la sala.

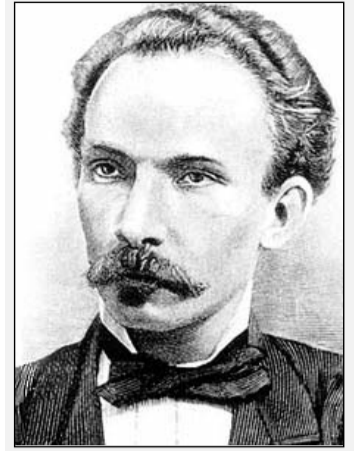
La penumbra dominaba el entorno, no obstante, vi entonces, cómo claramente los cuadros y lienzos se levantaban y me sobrevolaban... Primero, creí que solo a mí. Pero, no estaba solo yo en la sala, cinco o seis personas más se hallaban ocupadas con algo (buscar algún libro en los estantes, examinar los cuadros en la

pared de atrás, ver hacia el inmenso jardín por el ventanal de pared a pared); y una pareja, que permanecía sentada conversando.

Ya que todas las pinturas dejaron de volar sobre nuestras cabezas, la luz se hizo más clara e intensa, pero nadie parecía preocuparse de que las cosas cambiaran. Al poco rato, una paloma blanca, como papel de libreta sin letra ni pensamiento alguno sobre de ella, entró por la chimenea y fue a posarse encima de un libro que estaba en la mesita, al lado del sofá mediano en donde continuaba la pareja que estuvo siempre allí, platicando entre ellos. El libro era parte de la Biblia, era el Antiguo Testamento y un joven que lo había estado leyendo, o por lo menos hojeándolo, lo había dejado abierto en una de las páginas que comprendían los Diez Mandamientos.

La paloma mantenía una de sus patitas donde se leía parte del Mandamiento: "No matarás". En el instante en que la paloma se posó sobre la frase, se escuchó ahogado por la distancia o por algún silenciador, un disparo. Y, a pesar del ahogo o la distancia, todos los que allí estábamos, lo escuchamos. Entonces, un mar de sospechas justificadas o no, y de miedos provenientes del baúl de las culpas de cada uno de nosotros (los que nos encontrábamos allí por mera y azarosa eventualidad), se esparció con el viento por entre los huecos. Nos estremecimos: mas, ipso facto, nos reparamos: nosotros no hicimos el disparo.

Todos volteamos a ver a los demás. No, definitivamente, ninguno de ellos accionó arma alguna. Afuera, caía una leve llovizna y cuatro intrépidos jinetes, corrieron en círculo, cerrándole el paso al virtual asesino de la página en blanco: un novel escritor acababa de escribir sobre el ala derecha de la paloma blanca: "Aquí estuvieron grandes pintores, artistas de la vida y el destino, que vinieron, vieron y vencieron a los silencios de hoy, mañana y siempre".



José Martí

(José Julián Martí Pérez; La Habana, 1853 - Dos Ríos, Cuba, 1895) Político y escritor cubano, destacado precursor del Modernismo literario hispanoamericano y uno de los principales líderes de la independencia de su país.

Nacido en el seno de una familia española con pocos recursos económicos, a la edad de doce años José Martí empezó a estudiar en el colegio municipal que dirigía el poeta Rafael María de Mendive, quien se fijó en las cualidades intelectuales del muchacho y decidió dedicarse personalmente a su educación.

El joven Martí pronto se sintió atraído por las ideas revolucionarias de muchos cubanos, y tras el inicio de la Guerra de los Diez Años (1868-1878) y el encarcelamiento de su mentor, inició su actividad revolucionaria: publicó la gaceta El Diabolo Cojuelo, y poco después una revista, La Patria Libre, que contenía su poema dramático Abdala. A los diecisiete años José Martí fue condenado a seis años de cárcel por su pertenencia a grupos independentistas; realizó trabajos forzados en el penal hasta que su mal estado de salud le valió el indulto.

Deportado a España, en este país publicó su primera obra de importancia, el drama La adúltera. Inició en Madrid estudios de derecho y se licenció en derecho y filosofía y letras por la Universidad de Zaragoza. Durante sus años en España surgió en él un profundo afecto por el país, aunque nunca perdonó su política colonial. En su obra La República Española ante la Revolución Cubana reclamaba a la metrópoli que hiciera un acto de contrición y reconociese los errores cometidos en Cuba.

Tras viajar durante tres años por Europa y América, José Martí acabó por instalarse en México. Allí se casó con la cubana Carmen Zayas-Bazán y, poco después, gracias a la paz de Zanjón, que daba por concluida la Guerra de los Diez Años, se trasladó a Cuba. Deportado de nuevo por las autoridades cubanas, temerosas ante su pasado revolucionario, se afincó en Nueva York y se dedicó por completo a la actividad política y literaria.

Desde su residencia en el exilio, José Martí se afanó en la organización de un nuevo proceso revolucionario en Cuba, y en 1892 fundó el Partido Revolucionario Cubano y la revista Patria. Se convirtió entonces en el máximo adalid de la lucha por la independencia de su país.

Dos años más tarde, tras entrevistarse con el generalísimo Máximo Gómez, se incorporó a una nueva intenciona que daría lugar a la definitiva Guerra de la Independencia (1895-1898). Pese al embargo de sus barcos por parte de las autoridades estadounidenses, pudo partir al frente de un pequeño contingente hacia Cuba, pero fue abatido por las tropas realistas en 1895; contaba cuarenta y dos años. Junto a Simón Bolívar y José de San Martín, José Martí es considerado uno de los principales protagonistas del proceso de emancipación de Hispanoamérica.

*ad pèdem literae*

Nadie puede llevar mucho tiempo una máscara. Lo que se finge recupera rápidamente su naturaleza.

Séneca

Letras de  
buen humor

Con un poder absoluto hasta a un burro le resulta fácil gobernar

Lord Acton

Guillermo Fadanelli

## Lecturas íntimas

A José Agustín

Suelo decir, haciéndome el bravucón, que la juventud es ideal para tirarla a la basura, en vez de conducirla hasta el altar de la madurez. Al citar la palabra basura me refiero al hecho de no convertir la juventud en un mito ni otorgarle un lugar trascendental en la historia. Vamos, cuando uno ha llegado a los demasiados años ni siquiera mantiene una noción más o menos clara de cómo se enfrentó a esa juventud, cómo la asimiló y convenció para que lo auxiliara a continuar en el camino. Porque, eso sí, el camino hay que recorrerlo mientras sea posible, aunque sea por mera curiosidad o interés malsano: ¿en qué clase de atrofia humana me convertiré? Se pregunta ese curioso impertinente. Hoy que ha fallecido José Agustín, uno de los escritores que me llevaron a las letras recién yo había sido expulsado de la adolescencia, esa matriz envilecida, no recuerdo una obra que me haya afectado de una forma natal, desprovista de prejuicios y tan sorprendente como "De perfil". A esa lectura inesperada la acompañaron otros escritores: J. D. Salinger; Roberto Arlt y Ricardo Garibay, entre varios más. Sumados, estos autores, a las historietas clásicas de aquel tiempo: "Lágrimas y Risas", "La Familia Burrón" y "Los Supermachos". No obstante, la obra de

José Agustín detonó un impulso que guardaba yo en mi conciencia: el de escribir ficciones acompañadas de una irreparable adicción a la libertad. Durante las décadas siguientes a la revelación, por llamarla de una manera dramática, leí casi toda la obra de José Agustín, franca, heterogénea, y me encontré de pronto con Se está haciendo tarde (final en laguna) y la sorpresa genuina y legítima retornó.

Si bien una voz o un aliento literario se modifica en la obra a lo largo del tiempo, es posible que permanezca en ella el efecto indescifrable y misterioso que seduce, atrae o repele al lector. La sencillez, la calidez narrativa, el ritmo personal y la aventura impredecible de la obra de José Agustín se mantuvo en sus libros y añadió a ella una característica poco frecuente: la conciencia de ser acompañado en la lectura. La obra de un escritor le concierne a este más bien como una diminuta fracción del mito de su vida; sin embargo, la obra escrita le pertenece a quien la interpreta y la sufre, quiero decir a quien entra en la casa que las páginas de la ficción crea: una casa tomada que la ilusión de la permanencia ofrece a los lectores antes de que los desalojen. Aludir a la compañía, en este caso, es creer que el escritor en realidad existe; una cercanía poco común, discreta y contundente. Casi ningún autor



posee esta característica, por más que quien escribe nos narre sus memorias, sus hazañas biográficas o nos haga partícipes de las acciones llevadas a cabo durante su vida. Acaso la virtud de acompañar la poseen sólo aquellos que después de varias obras van dando lugar a una voz, como la de José Agustín, que se transforma en un vecino, en un ser humano cercano, alguien que no se marcha.

El tiempo, que todavía no es posible describir, nos dispersa. En esta dispersión

las palabras y las cosas se relacionan. Pese a tomar yo, como escritor, un camino empedrado e inclinado a la maldición y a la razón destructora y nihilista, confieso ahora de buena gana mi primer impulso literario. Creo que la constitución trágica o guerrera se acompaña mejor con la gentileza y el retiro de la exhibición rebelde. No obstante que tal fue mi camino, los libros de José Agustín y su compañía de escritor cómplice no cesaron de estar presentes desde aquella primera lectura.